



Hugo Rodríguez-Alcalá

△▽

El tatuaje

El hecho sucedió en Caacupé el 8 de diciembre de 1945 o 46. Me lo contó Javier Herrero en forma muy sucinta; yo fui a Tacumbú años después para entrevistar a Luis Cardoza; pero sólo pude hablar con otros presidiarios. No sabían nada o casi nada porque el rubio nunca soltaba prenda.- Allí está en su celda haciendo santos todo el día.- ¿Qué santos? -pregunté.

-Santos de madera -contestaron.

-¿Santos o *santas*? -volví a inquirir.

-No los deja ver -dijeron.

Los Cardoza eran oriundos de San Bernardino; Luis, hijo único de padres devotos de la famosa Virgen, tenía el pelo rubio y los ojos claros. Alguna sangre alemana le circulaba por las venas. A San Bernardino, como ustedes saben, lo fundaron alemanes el siglo pasado. Desde muy niño aprendió oraciones que no entendía pero que lo emocionaban.

Se las enseñaron sus padres con seriedad y paciencia. Luis, arrodillado ante el altarito que ocupaba un lugar de honor en un rincón de la casita de ladrillos rojos y techo de zinc, había repetido, durante años, hasta aprenderlas de memoria, las frases hermosas que su padre y su madre, turnándose en un fervor oral y también arrodillados, le dirigían a la Virgen.

Mientras oraba de rodillas, los ojos bajos y las manos juntas sobre el pecho, Luis no se atrevía a mirar una sola vez a la pequeña imagen que copiaba con sorprendente fidelidad la famosísima [120] imagen de la Patrona de Caacupé. Pero, cuando se quedaba solo en la pieza que era sala de recibo, el chico la miraba y admiraba, llamándola *santísima y misericordiosa*. El manto azul, la coronita de oro, el globo sobre el que reposaban los pies invisibles de la virgen, la bisutería decente, todo lo fascinaba. Más de una vez creyó que la imagen le sonreía, que los labios duros pintados sobre madera, adquirirían, por unos segundos, una blancura tierna, delicada, y que los ojos claros, siempre demasiado fijos e inexpresivos, lo envolvían en una mirada fugazmente, viva, celeste.

Cada 8 de diciembre, sin falta, los Cardoza iban en Romería a Caacupé. Entre el inmenso y acalorado gentío que llenaba el pueblo y sus alrededores y que agotaba el oxígeno dentro de la iglesia, era muy difícil llegar ante el altar de la Patrona.

La devoción de los penitentes maravillaba, suspendía y edificaba al *rubito Cardoza*. Hombres y mujeres subían el cerro de rodillas, muchos con los brazos en cruz, insensibles a las fragosidades sobre las que dejaban piadosas huellas de sangre; insensibles a la fatiga y a la sed, insensibles al calor canicular. Cuando al fin, padre, madre e hijo, sudorosos y sin aliento, lograban llegar ante el altar, Luis lloraba silenciosamente sin acordarse de ningún rezo. A él, que tenía la vista turbia de lágrimas, la Virgen no le parecía ser una imagen *sino la Virgen Misma*, de pie sobre el globo turquí, bajo el cual resplandecía la hoz de dos puntas de la Luna y un haz de estrellas de plata reluciente.

Luis Cardoza y Carlos Frutos eran amigos desde la niñez. Vecinos y, según cree Javier Herrero, parientes, tenían la misma edad. Cuando ambos cumplieron los diecisiete años -el mismo mes aunque no el mismo día- Luis se fue a la capital para hacer su servicio militar; Carlos, siempre algo rebelde, se negó a ser sometido [121] a la disciplina castrense, y huyó a la Argentina. Iba en busca de aventuras. De la Argentina fue al Uruguay y después a Chile. Luis, por su parte, tomó en serio la milicia y, soldado modelo, no tuvo problemas ni con sargentos ni con oficiales. Cuando lo dieron de baja, volvió en seguida a su pueblo y a su casa de ladrillos rojos y techo de zinc. Allí lo esperaban sus padres, orgullosos de verlo convertido en hombre, tras dos años de ausencia.

-Hijo -rogó la madre tras las efusiones de la bienvenida vamos a dar gracias a la Virgen a quien tanto le he pedido que te trajera *sano y fuerte a nuestro pueblo*. Los tres Cardoza se arrodillaron ante el altarito y rezaron en voz alta con palabras que ahora Luis comprendía bien.

Días después llegó una carta de Valparaíso.

-«Hace dos años que soy marinero» -contaba Carlos Frutos a su amigo y pariente. «Ahora ya me aburre este oficio que un tiempo me pareció tan divertido, y quiero volver al pueblo. Ya conozco mucho mundo, desde Punta Arenas hasta San Francisco (California)». La carta recordaba algunas aventuras de vida marinera y pendencias con olor a vino en no imaginables tabernas del Pacífico. La acompañaban dos o tres instantáneas.

Luis Cardoza contestó en seguida. -«Cuando vengas tendrás empleo seguro. A mí me contrataron en el aserradero de Caacupé, donde tengo al tío Jacinto. Ayer le hablé de tu regreso. Le mostré tu fotografía con gorra de marinero, ésa en que se te ve con el pecho y los brazos tatuados y en que mostrarás los músculos levantando los puños bien arriba. Mi tío Jacinto, que es capataz, me promete darte un trabajo bien pagado. Me dijo que necesitan forzudos *como tu amigo el marinero*. Te esperamos todos, Carlos. A lo mejor estaremos juntos el 8 de diciembre que viene, en la fiesta patronal de Caacupé.

*** [122]

La llegada de Carlos Frutos fue acogida en el aserradero con admiración disimulada, desconfiada, al principio, y luego con abierta cordialidad. Alto, atlético, fornido, campechano, jactancioso y simpático, el ex marinero se ganó el aprecio de todos. Desnudo de cintura para arriba, pecho y robustos brazos con tatuajes azules (anclas, corazones flechados, puñales, perfiles de mujer de henchidos bustos) el recién venido divertía a los hombres callados y lentos en el trabajo, con sus chistes, jactancias, risotadas y bromas. Todo lo tomaba a chacota jurando como lo que era -marinero-; pero nadie lo ganaba, a las pocas semanas, en destreza y rendimiento en la faena. Había aprendido en tormentosas navegaciones un lenguaje pintoresco para sus compañeros de tierra adentro.

-En este puerco oficio -decía- hay dos cosas odiosas: el ruido de las sierras y el aserrín que entra hasta los tuétanos. ¡El mar, sí, es limpio; el mar es una música con sal en el aire puro!

-¿Y el olor a pescado no es puerco? -argüía el rubio Cardoza.

-¡No seas idiota! ¿Quién sabe aquí lo que es estar sobre una proa que corta el mar y el viento y, entre saltos y salpicaduras, llenarse los pulmones de salud y fuerza? ¡Aquí somos como topos respirando este polvo color de bosta!

La verdad es que Carlos Frutos, siempre riéndose a carcajadas, estaba contento en el aire serrinoso y entre el estrépito de poleas y de sierras. Toda vez que pudiera divertirse a costillas de alguien, lo pasaba bien en cualquier parte.

Los sábados Carlos arrastraba a Luis hasta el boliche y se burlaba de su amigo, porque -le decía- la caña te hace mal y no te pone nunca alegre. En los brazos del ex marinero, apoyado él de codos sobre la mesa del boliche, las figuras del tatuaje se movían de un lado a otro con la contracción de los músculos hercúleos, cuando, achispado ya, gesticulaba eufórico hablando de mujeres felinas gozadas en puertos remotos. [123]

Un sábado de noche Luis interrumpió una de las jactancias eróticas de su amigo y, con cara seria, la frente arrugada, le preguntó con grave timidez:

-¿Podrías tatuarme vos?

-¿Yo? ¡Claro, es la cosa más fácil del mundo! ¿Qué figuritas querés?

Luis vaciló un momento.- Yo -balbuceó- Yo...

-Hombre, ¡hablá! ¿Querés un tatuaje igual al mío? ¡Es de lo mejor! Me lo hizo un tipo de Polinesia, en San Francisco.

-No quiero igual al tuyo -respondió Luis. No quiero nada ni en el pecho ni en los brazos.

-¿Dónde entonces? Si te lo hago en cierta parte nadie te lo va a ver.

-Yo quiero un tatuaje en la espalda, Carlos. Y bien hecho, como lo haría un pintor como uno que hay en Asunción.

-Pero ¿qué querés que te pinte?

-Bueno, yo quisiera que la Virgen...

-¿Virgen? ¡Estás loco! ¿A quién le interesan? ¡Ni aunque bajaran a la tierra las Once Mil que dicen que están en el cielo!

-No seas bruto, Carlos. Yo quiero que me tatúes en la espalda la Virgen de Caacupé, nuestra Patrona...

-¡No tenés remedio! ¡Estás loco del todo! ¿Y en la espalda?

-Sí, en la espalda -fue todo lo que dijo Luis Cardoza.

-Si así lo querés, así lo haremos.

Al día siguiente por la tarde -era un domingo caluroso de fines de noviembre- Luis Cardoza, tendido de boca sobre un catre, fue tatuado por el ex marinero. A cada punzada en la espalda de su amigo para colorear la epidermis devota, Carlos se reía muy divertido.

-¡No te quejes, zonzos! ¡Verán la maravilla que estoy haciendo!

*** [124]

Al llegar, ahora, a este punto de mi relato, les declaro que ya no sigo la versión de Javier Herrero, sino otra acaso más exacta, la de Villagra Marsal, hombre bien informado.

Según este amigo que ustedes han de conocer acaso tan bien como yo, Luis Cardoza y Carlos Frutos, aquel 8 de diciembre, rodeados de una multitud de romeros, marchan hacia el santuario de Caacupé, subiendo lentamente el empinado cerro. Hace un calor atroz. Luis confía a uno de sus romeros, con quien ha trabado una casual, rápida y afectuosa amistad, el hasta entonces secreto de su tatuaje. Luis se siente orgulloso; adivina, en el nuevo amigo, más de una afinidad. Intuye que ambos comparten una

devoción igual, de toda la vida. Ambos van en romería no por los jolgorios nada edificantes, que deslucen la gran fiesta anual. Ambos van a cumplir una promesa cuyo origen, discretamente, callan. Ambos han estado en el ejército. Ambos han decidido ser carpinteros y radicarse en la capital en un barrio nuevo que ambos prefieren a los demás. Un par de borrachos oye parte de la conversación. No entienden muy bien lo que es tatuaje; conjeturan que Cardoza ha tenido una aparición o cosa así; que ha sido favorecido por un milagro. Entre tanto, Luis, Carlos, el nuevo amigo y otros peregrinos se han detenido a descansar bajo un árbol, al borde del camino; un grupo de curiosos, informado por los borrachos acerca del supuesto milagro, se aproxima a los amigos. Uno de los recién llegados, hombre bajo y rechoncho, de cara aindiada, ofrece a los allí reunidos, una botella de caña. El hombre lleva un cuchillo al cinto. Habla con jovialidad y ruega a Luis Cardoza, apenas éste acepta un sorbo de caña, que se saque la camisa y *que muestre el milagro*. Aparecen otras botellas de caña y menudean los tragos. Luis Cardoza rehúsa un segundo trago. Aclara que no ha habido ningún milagro; que él no se va a sacar la camisa *aunque haga más calor todavía*. El ex marinero, [125] entonces, que ya ha bebido más que todos, se desnuda hasta la cintura para exhibir sus tatuajes y le dice a su amigo que a él le da un ejemplo amistoso; que no desaire a quienes son gente buena y generosa. Está ya achispado y feliz y se une a todos en el ruedo de que se saque, él, Luis, la camisa. El hombre bajo y rechoncho, el del cuchillo, abraza a Luis y con buenos modos, aunque aguardentoso, le suplica, ahincadamente, que deje ver su espalda. -Aquí todos somos hombres -lisonjea- y usted de los más machos...

Uno de los presentes, que entiende lo que es un tatuaje, señala los del ex marinero y dice:

-Estos tatuajes están bien; nosotros queremos ver algo todavía mejor, porque es de milagro.

Inútilmente Cardoza repite que no ha habido milagro de ninguna clase; que su amigo, ahí, le hizo el dibujo. Pero, al fin vencido por tantos ruegos y, ansioso ya de proseguir la marcha cuesta arriba, se saca la camisa.

Y es entonces cuando suena una gran risotada en todo el grupo de romeros ya estimulado por el aguardiente. Todos, eufóricos, perentorios, quieren ver bien de cerca el gran dibujo obsceno trazado indeleblemente en la espalda del devoto. Luis, que no sabe beber y que no ha podido rechazar un segundo trago y luego otro más y otro más, está ahora ofuscado y furioso, sin comprender el por qué de la algarabía repentina. Aumenta en tanto el griterío y se multiplican las carcajadas porque muchos otros curiosos se incorporan al grupo y contemplan el dibujo hilarante. Al fin Luis Cardoza se entera lo que pasa; al fin cae en la cuenta de que su amigo le ha hecho una broma sacrílega.

Y rápido, dueño un instante de feroz, oscura lucidez, se apodera del cuchillo del hombre de cara aindiada y con vertiginosa energía hunde la hoja en el vientre del sacrílego; la saca con [126] violencia igual, y otra vez hunde el cuchillo en el vientre que ya ha comenzado a sangrar. Y cuando el sacrílego se inclina hacia adelante con las manos sobre las dos heridas, Luis Cardoza, que ya tiene la hoja chorreante en alto, se la hunde por tercera vez, ésta en la espalda.

-¡Este es el tatuaje que se merece este maldito!

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

